

Antes de subir a su habitación, miró una última vez hacia St. John Square. El cielo eléctrico le pareció irreal y los edificios de enfrente un decorado. Pese a la reforma sufrida, aquellos grandes ventanales permitían imaginar cómo había sido el almacén victoriano antes de convertirse en el hotel donde se hospedaba. Muy típico de él estudiar en detalle los sitios adonde iba. Cuando hizo ademán de levantarse, uno de los camareros, solícito, se acercó para retirarle la silla. Edmundo sonrió, recogió su bastón y avanzó sobre el suelo enmoquetado con la parsimonia que sus 82 años le otorgaban. Mientras esperaba el ascensor, una joven irrumpió en el vestíbulo. Tenía el pelo largo, recogido en una cola, y usaba un vestido rojo. Edmundo se detuvo a contemplarla. Parecía perdida, como fuera de lugar. Fue a preguntarle si la podía ayudar en algo, pero la joven dio media vuelta y desapareció tras una esquina. Las puertas del ascensor se abrieron. Edmundo entró, apretó el botón en el que había escrito un cinco y le dio la espalda al espejo. Ya se había olvidado de la chica. Estaba cansado. A su edad, cualquier viaje resultaba agotador.

Ya en la habitación, se quitó la americana y la colgó de una de las perchas del armario. Avanzó hacia la ventana y se desabotonó los primeros botones de la camisa. Ahí estaba la zona de Clerkenwell, entre el West End y la City. En esas calles había transcurrido su primera novela, una historia de amor adolescente bajo el bombardeo alemán de 1940. Habían pasado sesenta y seis años desde que los más de 300 bombarderos arrasaran el centro de Londres, causando miles de víctimas. Edmundo sintió nostalgia como si él, en lugar del escritor, fuera el joven Arthur Rowshan de su novela, el mismo que, un siete de septiembre tantos años atrás, pasara la noche junto a

su amada Jane Clark, mientras el sonido de los cazas y las bombas amenazaba con no dejar nada en pie.

Dejó la ventana y entró en el baño. En la medida de lo posible, evitó el espejo. Los años no habían sido crueles con él, pero aún así prefería evitar la evidencia que su rostro transmitía. Terminó de desvestirse, abrió uno de los cajones del armario y sacó su pijama. Era su pijama de los viajes, una suerte de superstición absurda. Miró la hora; casi las diez. Dudó si encender el televisor, pero finalmente optó por meterse en la cama y seguir con la lectura de la novela policíaca que había iniciado esa misma mañana, en el avión que lo trajo a Londres. En el escritorio, junto al televisor, estaba la carpeta con su discurso para el día siguiente. No hacía falta repasarlo. Era lo de siempre con distintas palabras.

Parecía que nunca fuera a acabar. Un trueno contundente y prolongado hizo que los cristales de la habitación vibraran de manera alarmante. Edmundo abrió los ojos y por unos instantes no supo dónde se encontraba. Cesó el ruido. La habitación apenas estaba iluminada por la lamparita de lectura. A la altura de su pecho, sobre las sábanas, descansaba la novela. La agarró, colocó el punto en su sitio y la dejó sobre la mesita de noche. Miró a su alrededor, casi temeroso de que aquello no fuera la habitación de un hotel. Todo estaba en orden, tranquilo. Un relámpago hizo que la habitación se llenara de sombras temblorosas. Edmundo siempre había odiado las tormentas. Suspiró, apagó la luz y trató de volverse a dormir.

El siguiente trueno fue aún peor. Sonó a desprendimiento de Everest, a derrumbe de glaciario, y Edmundo cubrió su cabeza con las sábanas y se sorprendió rezando como

cuando niño, en la soledad de su habitación, ya que sus padres siempre se negaron a que durmiera con ellos. El trueno pasó y casi fue un milagro que aquel viejo hotel continuara en pie. De un modo que pensó absurdo, Edmundo asomó la cabeza por debajo de las sábanas. Quería verificar que todo continuaba en su sitio, como si un trueno pudiera alterar hasta tal punto la realidad de las cosas. Un relámpago dibujó sombras al acecho, siniestras como sólo pueden serlo las sombras en las habitaciones de hotel una noche de tormenta, y el escritor decidió que pasaría lo que quedaba de noche bajo las sábanas, a salvo, o eso quería creer.

Fue una noche terrible, una de las peores de su vida. La tormenta no amainó hasta altas horas de la madrugada. Apenas pudo dormir. Pasó las horas transitando dos pesadillas diferentes, la de la tormenta real y la otra, la de sus sueños. Ahora, despierto del todo y sin aquel sonido infernal, apenas recordaba las imágenes. Gritos, gente corriendo en estampida, explosiones, la oscuridad y la falsa protección de una vieja fábrica victoriana; un destello, el sonido de la metralla, una mujer que le mira con unos ojos abiertos hasta lo imposible, ojos implorantes, de amor y miedo, hermosos ojos de adolescencia desesperada.

Se levantó, fue hasta el baño y se puso la bata del hotel. Se lavó la cara y evitó el espejo. Volvió a la habitación. Después de una noche tan accidentada, aquella calma se le antojaba extrañamente silenciosa. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Una ciudad arrasada se extendía ante él. Edificios en ruinas, columnas de humo, boquetes en el asfalto. Retrocedió un paso, negó con la cabeza, volvió a correr las cortinas. El silencio iba cediendo al débil sonido de unas sirenas. Edmundo estaba temblando. Miró a su alrededor. Todo continuaba tal y como lo había dejado la noche anterior. Llamaron

a la puerta. Por un momento pensó que podría tratarse de un homenaje a su larga trayectoria como novelista, una broma tremendamente trabajada, pero enseguida se percató de lo absurdo de la idea. Volvieron a llamar. Edmundo era incapaz de hablar o de moverse. La puerta se abrió. Una mujer de su edad, de largos cabellos canos y con un vestido rojo, entró en la habitación. Los años habían hecho su trabajo, pero aún conservaba la intensidad en su mirada, una luz que la hacía parecer más joven. Entonces Edmundo dio unos pasos hacia ella, ya sin miedo. ¿Jane?, preguntó. ¿Jane Clark? No hacía falta que respondiera, él sabía. Avanzaron el uno hacia el otro y se abrazaron con la efusividad de los sobrevivientes. Jamás pensé que volvería a verte, mi dulce Arthur, dónde estuviste, dime, dónde estuviste, pero a Edmundo la emoción y las lágrimas le impidieron responder. Al fin volvían a estar juntos.